

El futuro del socialismo

Alfonso Guerra

La celeridad de los profundos cambios que en esta época incierta se vienen operando tanto a nivel tecnológico como intelectual, nos coloca, al decir del autor, en el umbral de una nueva forma de sociedad. Para hacer frente al enorme desafío que ello implica, urge una reevaluación de principios que, descartando valerosamente las ideas obsoletas y buscando nuevas e imaginativas soluciones a los problemas, coloque a las ideologías a la altura de las transformaciones aún mayores que ya se vislumbran para el futuro. Esto es lo que en un sugestivo análisis¹ propone el vicepresidente del gobierno español Alfonso Guerra a sus copartidarios, con miras a que el socialismo, hoy con algunos de sus fundamentos en crisis, vuelva a ocupar un lugar de vanguardia en la historia, acorde con la dinámica actual.

* * *

VIVIMOS ACTUALMENTE EN UNA SITUACION histórica a la que habría que calificar como mínimo de incierta. Yo creo que el primer factor de crisis para nosotros —para los socialistas en general, y no solo para españoles— lo representa la pérdida de vigencia de algunas referencias ideológicas y políticas tradicionales. No de todas, como algunos quieren hacer ver, pero sí de algunas. No es necesario que haga aquí una relación exhaustiva de estas referencias, pero sí me gustaría detenerme en tres o cuatro de ellas, para hacerme entender mejor.

En primer lugar, parece cada vez más evidente que para muchos el marxismo ha dejado de ser un texto ideológico claro. Para otros ha dejado de ser un texto de validez absoluta. También han dejado de serlo las concepciones económicas colectivistas. Me refiero a las nacionalizaciones.

Por otra parte, en la actualidad resulta igualmente un hecho reconocido en el mundo entero y también en los círculos socialistas la percepción del rostro inhumano de las revoluciones comunistas. Algunas impresiones sobre este particular han estado en discusión durante mucho tiempo. Inicialmente la *revolución de octubre* irradió un nuevo movimiento de esperanza sobre lo que pudieran conseguir las revoluciones obreras. Después vinieron las crisis, las disensiones, los procesos de revisión en los Congresos del Partido Comunista Soviético, etc., y hoy en día se puede decir que se ha llegado a una percepción bastante generalizada en el conjunto del movimiento

III TRIMESTRE 1987

socialista de que existe un rostro inhumano en esas revoluciones que las hacen desaconsejables. A lo cual se une, naturalmente, el fracaso en su gestión; y esto también es algo que, al margen de algunas discusiones, hoy en día parece bastante claro.

Entonces, al encontrarse con que se tambalea y se hace inseguro el suelo tranquilo en que se asentaban muchas convicciones, al entrar en crisis la validez de tales referentes políticos e ideológicos, ocurre que la desesperanza que ello produce, a veces, se procura ocultar recurriendo a un argumento de autoridad. Así, es frecuente que se plantee un interrogante, que más bien lo que intenta es eludir el enfrentarse directamente con el problema. Y se formula la pregunta: bueno, aquellos nominados por nosotros mismos como progresistas, como revolucionarios, como socialistas ¿han fracasado o es que han olvidado sus presupuestos?, ¿aplican otra política de la que dicen, o decían, que había que aplicar?, ¿no cumplen con los programas y con los principios? o —y esta es la otra parte del dilema contenido en la pregunta— por el contrario ¿es que aquéllos principios, aquellos programas, estaban viciados?, ¿no tenían sentido real suficiente? Diciéndolo más gráficamente: ¿acaso no se estarán cumpliendo las previsiones, porque el socialismo de hoy no es ortodoxo con sus principios?, o ¿acaso ocurre que las previsiones no estaban ajustadas a la realidad?

Evidentemente este problema hay que plantearlo con total crudeza, aunque sólo sea simplemente para escapar de la responsabilidad en la pérdida de capacidad general de movilización que se está produciendo en el socialismo, respecto de lo que era hace unos años.

Además el problema que hemos planteado con ambos tipos de preguntas constituye un dilema que tiene varias interrelaciones. Es cierto que la cuestión suscitada presenta dos caras, pero las dos caras también se relacionan. A lo mejor hay de las dos cosas. A lo mejor hay fallos en los presupuestos ideológicos esenciales y también se ha producido un abandono, o un falseamiento, en la aplicación concreta de algunos de los principios.

Sin embargo, yo creo que actualmente nos podemos preciar de algo claro en relación con este tema. Me parece que por fortuna estamos saliendo libremente, para algunos incluso yo creo que valientemente, del dogmatismo. Nos estamos liberando con dificultades, a veces, de los tribunales del Santo Oficio de la izquierda. Nos estamos abriendo, sin duda con enormes dificultades en ocasiones, a un pensamiento sin prejuicios, al menos sin muchos de los prejuicios que antiguamente tenía la izquierda.

Pero la verdad es que aún nos encontramos ante una cierta situación dual: en ocasiones parece como si fuéramos mitad inquisidores del pensamiento de la izquierda, mitad víctimas de la inquisición. Porque al compás

que se están abriendo nuevas perspectivas y se están rompiendo algunos viejos moldes, se permanece todavía con temor al anatema que pueda caer encima, por parte de algunos que parece que sienten aún la necesidad de convertirse en guardianes de la Santa Fe del Pensamiento. Y esto da lugar, a la vez, a una manifestación de temor al anatema y de cierto miedo a las transformaciones y al cambio. Lo que por otra parte es humanamente comprensible, pero resulta políticamente rechazable.

Me gustaría, en este sentido, referirme a una experiencia que nada tiene que ver con el tema estricto que estamos tratando, pero que puede servir, quizá, para ejemplificar lo que en cierto sentido me parece que está pasando en la situación actual del pensamiento socialista. Se trata de un asunto de otro cariz, pero que tal vez arroje algo de luz sobre lo que yo creo que es el proceso de hundimiento de algunas de las creencias políticas que hoy está sufriendo la izquierda en todas las latitudes.

En una ocasión —y este es el ejemplo que voy a poner de mi propia experiencia— a mí me sucedió que tuve la oportunidad de ver muy estrechamente ligados dos fenómenos artísticos —era justamente sobre pintura—, los dos muy ligados en el tiempo, con un segundo de diferencia. Lo que me permitió constatar muy claramente qué es lo que estaba pasando dentro de mi cabeza en ese momento. Estuve viendo una pequeña tabla de un maestro anónimo de Alcira, que me causó un impacto extraordinario por su excelente calidad y su composición. Su explicación global de la naturaleza y del mundo me impresionó muchísimo. Pero resulta que yo llevaba en la mano un catálogo de una exposición de arte abstracto español, de una exposición muy buena de arte abstracto. Y terminando de ver la tabla, mientras salía, casi con una diferencia de décimas de segundo, estaba pensando en la tabla y sin darme cuenta estaba moviendo el catálogo y me encontré con una reproducción en el catálogo de un pintor muy afamado, que no voy a citar, y que a mí me gusta mucho. Y me di cuenta de que yo estaba en ese momento poniendo en cuestión mi creencia intelectual, no mi gusto ni mi sensibilidad, que seguían y siguen apegadas al arte abstracto quizá más que al arte figurativo, al arte antiguo. Sin embargo yo tuve la sensación en ese momento de que había estado viviendo verídicamente algo que no era una verdad, y no sé si estoy entrando en un terreno que probablemente de lugar a una discusión ajena al tema que nos ocupa. Lo que quiero decir, sin entrar en la discusión de si el arte abstracto es una verdad o no es una verdad, es que mi sensación en aquel momento era que se trataba de una especie de mentira vivida colectivamente como una verdad. Vivida no sólo por una parte de los receptores, de los aficionados, de los amantes del arte y de los críticos, sino incluso por los autores que lo viven verídicamente, pero quizá no había tanta verdad en ese arte —pensaba yo.

Quizá algo parecido puede estar sucediendo con los conceptos que sigue manejando la izquierda, en la medida en que aún se mantiene la sensibilidad de los viejos principios. Lo que en principio no tiene por qué ser malo,

1/El texto corresponde a la conferencia de inauguración del "I Encuentro sobre el Futuro del Socialismo", organizado por la Fundación Sistema y celebrado en Jávea, España, en septiembre de 1985.

pero en parte le permite ocultar a la izquierda, casi deliberadamente, y a veces inconscientemente, la comprobación de que no nos estamos acercando a la utopía social que conocemos desde *Noticias de ninguna parte*. O al menos no nos estamos acercando con la velocidad que queríamos y que preveíamos.

Porque lo cierto es que muchos conceptos tradicionales han cambiado en sí mismos y, a su vez, ha cambiado la percepción que sobre ellos se tenía en los círculos socialistas, y de las izquierdas en general.

El Estado, por ejemplo, era visto como el Leviatán, como el enemigo represor, y además, para colmo, estaba en camino de extinción. De pronto, sin embargo, en una fase histórica determinada, en Occidente, y concretamente en Europa, a los socialistas les caen en las manos los instrumentos que conforman el Estado, y la verdad es que no saben muy bien que hacer con ellos, porque el Estado había sido visto como una realidad a extinguir y en su existencia virtual no había sido considerado como una Institución que operase como árbitro, sino como un elemento represor de las masas populares. Entonces la carencia de una teoría referida a "otro modelo de Estado", para otra situación diferente de relaciones sociales, evidenciaba hasta qué punto existían —y existen— agujeros negros en una cultura política como la socialista, claramente vocada a orientarse hacia el futuro. Realmente la cultura política del progreso ha desarrollado muchos análisis sobre el pasado, precisamente sobre el siglo XIX, y algunos sobre el presente, pero es muy poco lo que se ha hecho para intentar cubrir los grandes agujeros negros referidos a los proyectos políticos del futuro.

Todo eso refleja el clima de inercia intelectual en el que se ha vivido durante más de un siglo, precisamente en los círculos de los que eran justamente los luchadores por la redención de las grandes masas humanas.

La necesidad de cubrir estos huecos en el proyecto socialista futuro está adquiriendo crecientemente una mayor virtualidad en nuestros días, en la medida en que ahora estamos viviendo en la sociedad occidental un momento en que se está intentando enterrar el socialismo como tal. Verdaderamente no podemos negar que nos encontramos ante los intentos de un fuerte proceso de acoso y derribo del pensamiento socialista, al que se pretende sustituir por una especie de ultraliberalismo inhumano. Precisamente por ello hoy cobra más importancia que nunca la necesidad de desarrollar un debate serio y riguroso que nos permita clarificar hacia dónde se camina y qué es lo que de verdad sabemos.

Ciertamente la organización de un Encuentro de este tipo, en la forma en que está planteado, constituye una ocasión inmejorable para analizar estos temas con total libertad, pese a que estamos en una situación complicada para hacer estas tareas a la luz del día, ya que muchas de las cosas que sin duda se van a decir aquí probablemente en otros contextos costaría mucho más decir las, porque podrían ser aprovechadas desvirtuadamente por algunos adversarios ideológicos o políticos del socialismo, tomando o reflejando solamente la parte de nuestros análisis que más pudiera beneficiar a ese intento de hundimiento y de enterramiento del socialismo al que me he referido anteriormente.

Si además tenemos en cuenta que, incluso dentro de las propias filas socialistas, se ha operado a veces el hecho, que puede parecer jocoso —si no fuera grotesco—, de que algunos de los que militaban hasta hace bien poco en las filas del marxismo más ortodoxo y más intransigente, han dado rápidamente un gran salto en la barrera y se han situado en unas perspectivas de corte neoliberal, tachando de antiguos y de completamente abandonados en la cuneta a todos los que puedan estar defendiendo principios como los que hasta hace poco eran defendidos con mucha más intransigencia por ellos mismos, si tenemos esto en cuenta —decía—, entonces comprendemos mucho mejor la importancia de debates como el que aquí estamos planteando.

Es verdad que cuando hablamos de la situación actual del Socialismo, de lo que yo llamaría tendencia de "desmovilización internacional", hay que tener en cuenta que esta desmovilización forma parte de un fenómeno más general en el que también ha influido —como ya he señalado antes— la crisis que ha sufrido el comunismo. Es cierto que el marxismo ha entrado en una crisis bastante seria. Pero, sin embargo, ello no tiene por qué implicar que, arrastrados por tal crisis, se abandonen también todos los viejos fundamentos básicos del socialismo.

Quizá sea cierto que algunos de estos fundamentos sean muy genéricos, pero lo que no puede negarse es que durante lustros han movido en una dirección concreta a la sociedad. El ansia de paz, de justicia, de solidaridad..., son, sin duda, ideas que se manejan a veces como meros *slogans*, pero al margen de algunos usos que puedan hacerse de ellas son ideas que encierran en sí mismas un serio componente de confrontación con una sociedad injusta e insolidaria. Y por ello constituyen principios positivos que han hecho avanzar a la sociedad en una dirección de progreso. Por lo que yo creo que estos principios básicos, estas aspiraciones positivas fundamentales no se pueden abandonar, ni siquiera de una manera retórica, pero menos en cuanto a su contenido.

Así, pues, la crisis del marxismo no tiene por qué implicar un abandono del impulso creador que existe en la base del pensamiento socialista, de ese impulso creador orientado a dominar la naturaleza para colocarla al servicio de la humanidad. Tal impulso ha sido, creo yo, y debe continuar siéndolo en el futuro, patrimonio común del espíritu renovador de las personas, de los sectores más progresistas de la sociedad. Así ha sido en cada época, hasta constituir uno de los rasgos característicos del proceso de las civilizaciones, y a mi juicio deberá seguir siéndolo para los socialistas, sin confundirlo, sin mezclarlo con otros aspectos desfasados de los planteamientos socialistas que sea preciso archivar, al hilo de la propia dinámica histórica.

En este sentido se puede decir, pues, que sin la formación, sin la acción histórica del movimiento obrero —con los aciertos y con los errores que nos cumple estudiar— el mundo de hoy probablemente no sería lo que es. Y no lo sería ni la sociedad occidental, ni tampoco las sociedades orientales. Quizá el socialismo, el movimiento socialista en general, en su historia hasta el momento presente no haya logrado transformar a la injusta sociedad tradicional en una sociedad justa, pero sí en una sociedad algo más justa. Y esto

para algunos puede ser un objetivo muy corto, al tiempo que para otros puede ser al menos tendencialmente satisfactorio.

Pero lo cierto es que el impulso creador de los ideales socialistas contribuyó de una manera importante a transformar la sociedad tradicional en una sociedad más libre y más culta. Y es importante recordar que los avances de la libertad, de la justicia, de la cultura, de la educación, de la solidaridad, no fueron concedidos gratuitamente por ningún tipo de poder, sino que fueron una conquista consciente del movimiento socialista. No eran inevitables, no eran ineluctables, sino que para alcanzarlos fue necesaria la acción decidida de muchos hombres organizados colectivamente alrededor de unos ideales.

Pero la verdad es que —y debemos decirlo con claridad— hoy en día existe una cierta crisis del pensamiento socialista y nuestro deber es enfrentarnos al problema de frente, claramente, sin complejos y sin actitudes de lamento plañidero. Lo que está en crisis no es sólo la construcción ideológica del marxismo, sino también algunos de los instrumentos de análisis que permitieron fraguar y, a su vez, y por ello, el mismo entramado de todo el pensamiento ideológico, de todo el conjunto de ideas que movió a los grupos sociales más avanzados en nuestro pasado reciente.

Ciertamente el análisis que nosotros podemos hacer de esta crisis no coincide en absoluto con aquel otro que procede de círculos especialmente interesados en agudizar y extrapolar la crisis, con el objetivo de “vendernos” un concepto general y simple de libre cambio y algunos otros fósiles ideológicos, como la panacea universal que va a resolver las cosas de forma fulminante. No voy a entrar aquí en el análisis de tales planteamientos paleoliberales, pero incluso respecto a los gobernantes internacionales que tienen mayor éxito, o aparentalmente un mayor éxito coyuntural, en este “descubrimiento” retro-histórico de la idea del libre cambio como elixir milagroso, creo que hay que recordar que estas ideas ya demostraron su gran inconsistencia, y, sobre todo, ya demostraron en el pasado que tenían unas consecuencias sociales y políticas sobre la humanidad bastante negativas.

Por tanto, los socialistas debemos mantener una actitud abierta y crítica de búsqueda de nuevos horizontes, pero huyendo tanto de los espejismos como de los prejuicios ingenuos. Y os voy a decir una cosa que os puede resultar un poco chocante entre nosotros, porque formamos parte, a mi juicio, del país menos solemne del mundo, por lo menos de la Europa que yo conozco. Somos muy poco dados a analizar nuestras propias virtudes y lo que de positivo pueda darse en nuestra situación. Y en este caso, a mí me parece que los socialistas españoles probablemente estamos en mejores condiciones que otros para plantearnos esa búsqueda de los horizontes futuros del socialismo sin lastres, con limpieza y sin tener la mirada continuamente fijada hacia atrás.

Yo creo que el socialismo español actual ha tenido una cierta lucidez y también una cierta valentía para soltar algún lastre, para soltarlo antes que otros, y para abandonar el dogmatismo como principio determinante en muchas luchas concretas. Por lo que pienso que no debería ser para nosotros un trauma el continuar replanteando más a fondo la cuestión de la

crisis del socialismo a la luz de los datos nuevos que van apareciendo, de los nuevos elementos que van aflorando en la sociedad actual. Yo creo que además el socialismo español vive curiosamente al compás de este fenómeno —tal vez esas cosas tienen implicación mutua— como espectador y como actor. Y vive como actor un cambio de dimensiones históricas con una localización concreta.

Probablemente de la actuación concreta del socialismo español actual, de las dificultades que encuentra en esta reconstrucción social que se está operando, de los obstáculos —algunos previstos y otros la verdad es que insospechados—, podríamos y deberíamos obtener unas enseñanzas muy ricas para contribuir a una formulación nueva del proyecto socialista. Por supuesto, se trataría de una formulación no completamente distinta, sino que presentaría una continuidad, pero con un componente de innovación y de cambio importante respecto al socialismo tradicional.

Y la verdad es que la tarea de los socialistas españoles está siendo hoy vista por mucha gente en Europa y en Iberoamérica como un modelo. Quizá más como una cierta expectativa de modelo a considerar sobre lo que puede ocurrir con el socialismo en el mundo. A pesar de que nosotros mismos nos debatimos en esta incertidumbre a la que hago constantemente referencia. Pero muchos están tomando nuestra experiencia con un interés extraordinario, casi como una cierta guía de lo que puede ocurrir en otros lugares.

En tal sentido puede decirse que el clima de expectativa es en buena parte una constatación más del hecho de que se está asistiendo a una cierta intensificación de la sensación de crisis, ya que los esquemas de pensamiento en que se sustentaba antes el socialismo operaban con mucha claridad, proporcionando explicaciones globales para todo, o para casi todo. Y hoy tenemos que hacer muchas explicaciones parciales, que conjuntadas es cierto que nos pueden aproximar a ciertas perspectivas globales. Sin embargo, el marxismo nos ofrecía fórmulas para entender el mundo, para entender la sociedad en que vivíamos y nos ofrecía al mismo tiempo criterios de acción, o algunos criterios de acción concretos. El marxismo, en definitiva, lo que pretendía era formular una cosmovisión que explicaba el pasado, que aclaraba el presente y que apuntaba el futuro, a la luz siempre de los análisis del pasado.

La verdad es que los criterios en que se basaba una visión cosmológica de tal naturaleza actualmente ofrecen la posibilidad de pocas explicaciones o, como mínimo, de menos explicaciones de las que entonces creíamos suficientes. Quizá habría que preguntarse sobre las causas de esa falta de capacidad de explicación global de un pensamiento, de unas ideas que apuntaban tan firmemente un determinado enfoque de la izquierda.

Probablemente habría que considerar que lo más importante en todo este proceso de transformación no viene del cambio de pensamiento, si queremos ser rigurosamente seguidores en algo del marxismo como método. Hago un paréntesis para decir que yo creo que los marxistas probablemente han sido el ejemplo más claro de la inapetencia ante el esfuerzo intelectual que exigen los cambios que marca el propio marxismo; los marxistas han —hemos— sido muy poco operativos para aplicar aquello que decíamos que era muy claro. Para explicarlo sí, pero para aplicarlo no. Y ciertamente las

bases de la sociedad creo que se han modificado aceleradamente. Si estudiamos esta modificación en términos eminentemente marxistas, resulta que estamos siendo testigos de la aparición de un nuevo modo de producción.

Decían los manuales que la aparición del hierro, de los metales, del comercio y de nuevos medios de producción transformaron las relaciones de producción y las relaciones sociales. Lo que se reflejaba en los mecanismos superestructurales de la política y de la cultura. Bueno, pues ahora estamos asistiendo a la aparición de nuevos modos de producción que están dando lugar lógicamente a nuevas relaciones sociales y eso parece ser que no todos lo queremos reconocer con claridad y los que menos lo quieren ver son curiosamente los que hacen mayor profesión de fe de que el marxismo está plenamente vigente.

En suma yo creo que, como consecuencia del cambio social global, se está produciendo una obsolescencia de las ideas al uso que manejábamos hasta hace poco tiempo. Las ideas filosóficas, religiosas, éticas o artísticas, económicas, etc. Y esto da lugar a ciertas tensiones entre desfases e inercias del pasado. Lo que a su vez provoca indudables incertidumbres, ya que lógicamente es muy difícil entrar en un dominio de la heterodoxia que niega lo que, mal que bien, funciona, sin saber qué va a pasar con lo que uno puede estar viendo que se avecina.

Uno de los rasgos en que se plasma este desfase es un fenómeno que está ocurriendo en la sociedad occidental y que es bastante tangible, aunque para algunos resulte discutible. Me refiero al fenómeno de lo que se viene en llamar pérdida de la conciencia de clase. Todavía hay quien mantiene la discusión habitual en los términos superficiales de si aún existe una lucha de clases o si la lucha de clases queda amortiguada y desaparece. Pero creo que el elemento fundamental no es tanto el análisis de la progresividad o la regresividad de la lucha de clases, o el análisis de si existe o no una conciencia de clase, sino si se ha perdido o si se está perdiendo: si existe o no una negativa por parte de la mayor parte de los trabajadores a considerarse como parte de una clase concreta, con su propia conciencia colectiva. Probablemente se puede decir, o al menos se puede apuntar, que el viejo orgullo de clase ha desaparecido o está desapareciendo; que ya no tiene hoy la misma fuerza que tenía tanto en cuanto formaba parte de un empeño por ofrecer una alternativa de contra-sociedad, de contra-cultura, frente a la sociedad capitalista.

Esta situación ha dado lugar a la formulación —con una ambigüedad deliberada o inconsciente, no lo sé— del concepto de clase media o de clases medias, concepto que a veces se aplica también a algunos sectores de los trabajadores manuales, que empiezan a identificarse de esta manera, en diferenciación con lo que era la vieja clase obrera. Con todo lo que ello implica inmediatamente de desvinculación respecto al pensamiento socialista y a la acción socialista. Lo que, a veces, da lugar a que algunos de los sectores más dinámicos e innovadores de la sociedad no aparezcan ya únicamente con la misma significación sociológica y de clase que hasta hace pocos años. Al tiempo que otros sectores sociales concretos toman iniciativas hasta hace poco tiempo impensables.

Muchos socialistas probablemente se pueden sentir, a veces, inclinados a detenerse un momento en el camino y pararse a reflexionar sobre algunos acontecimientos recientes preguntándose, por ejemplo, ¿cómo es posible que los drogadictos y los rockeros del mundo hayan atendido más el sentido del manifiesto de 1848 y se hayan unido para combatir el hambre en África, mientras que una organización como es la Internacional Socialista haya permanecido ajena a esta iniciativa?

Me estoy refiriendo, desde luego, a un ejemplo que no tiene en sí mismo ninguna validez, pero que resulta significativo, como una medida de lo que está pasando, ¿cómo es posible que recientemente los drogadictos del mundo y los rockeros pongan en marcha una operación mundial para atender a la situación Norte-Sur de diferencias de clases, de pueblos con hambre, de desequilibrios y que el invitado fundamental al acto que organizan sea un príncipe? Como anécdota este hecho ciertamente no tiene mucho valor, pero nos sirve para comprender el alcance de algunos de los cambios que están aconteciendo.

En general las personas de izquierdas, los progresistas, nos tranquilizamos ideológicamente con que los gobiernos progresistas, mal que bien, cumplan con su papel en esa internacionalización de la solidaridad, y el militante, el equipo, el partido, el movimiento, queda abastecido, alimentado, como tranquilizado con las iniciativas que se puedan tomar. Si hay un gobierno que, más o menos, toma alguna medida, entonces el militante queda con la conciencia tranquila. Son los nuestros —se dicen—, somos nosotros, a través de las instituciones, los que estamos actuando, ya no hay que movilizarse.

Acontecimientos de esta índole están ocurriendo y nos quedamos satisfechos con los resultados, porque la enajenación hace milagros. Sin embargo, yo creo que hay muchas cosas que ya no podemos explicar sólo a partir del concepto de alienación. Hay fenómenos que no los podemos comprender refiriéndonos a la alienación de los trabajadores, porque hoy día hay una transmisión de información tan grande que difícilmente podemos quedarnos satisfechos recurriendo a un concepto tan general que pueda dar cuenta de todo. La verdad es que hay elementos más complejos en el fenómeno.

La clase obrera en las primeras etapas de la revolución industrial era homogénea, porque el trabajo que desarrollaba era un trabajo efectuado en condiciones bastante homogéneas y porque las relaciones de producción eran prácticamente iguales para todos los proletarios. Tal grado de homogeneidad permite comprender la fuerza, el auge, la pujanza que entonces tenía el movimiento obrero. Sin embargo, a medida que creció el sector servicios —incluso como el sector numéricamente predominante— la clase obrera se fue fragmentando. Por tanto, los intereses que defendía empezaron a ser menos comunes de lo que eran antes. A partir de este hecho se producen las distintas interpretaciones del marxismo a principios de siglo, con formulaciones diferentes y desarrollos divergentes (marxismo-leninismo, stalinismo, socialdemocracia, revolución china, etc.).

Los que acabaron el tema de una plumazo, los que optaron por la abolición de las clases por decreto, los que se inclinaron por la dictadura

del proletariado, fueron artífices de una simplificación de la cuestión con unas consecuencias conocidas: negaron un proceso y agarraron un sistema, ahogaron el dinamismo del movimiento y estancaron, o como mínimo ralentizaron, el desarrollo del movimiento socialista.

Pero los cambios que están influyendo en la necesidad de transformación del pensamiento socialista no sólo vienen de la mano de los factores hasta ahora señalados, sino que también un conjunto de importantísimos cambios tecnológicos nos están emplazando aceleradamente ante inéditas e insospechadas situaciones.

Hoy en día estamos asistiendo, por ejemplo, a una extraordinaria revolución en las tecnologías de la comunicación. Hemos pasado en poco tiempo de la radio de galena a los medios audiovisuales más modernos. Lo que hoy día no sólo hace posible que se sepa que hay hambre en el mundo, sino que los países que pasan hambre saben que hay abundancia o superabundancia en determinados países.

Estamos siendo testigos, y a veces no con suficiente conciencia, de una transformación que no tiene medida, que es enorme, y cuyas posibilidades aún son poco utilizadas. Estamos asistiendo al desarrollo de los ordenadores, de la robótica, de las nuevas tecnologías, con todo lo que ello implica y con las perspectivas de cambios fundamentales.

Pero no siempre estamos siendo lo suficientemente conscientes sobre las consecuencias, sobre las oportunidades y sobre los elementos de incertidumbre que se pueden abrir con la aplicación de esas nuevas tecnologías en relación con la sociedad.

Y en este sentido no puede negarse que nos encontramos ante la posibilidad de cambios enormes, porque lo fundamental, en mi opinión, es que los ordenadores, la robótica, están desplazando a los trabajadores. No es ya sólo que estén reemplazando a bastantes trabajadores en puestos de trabajo concretos, sino que están desplazando su papel social global, en la medida en que los trabajadores están dejando de ser el soporte fundamental de las relaciones sociales, como creadores de los productos, como agentes sociales básicos en la realización del trabajo directo.

Creo que actualmente los trabajadores como colectividad empiezan a ser conscientes de que su capacidad de oferta de fuerza de trabajo está dejando de ser el elemento social básico de los nuevos sistemas de producción. Lo fundamental es que hoy si los trabajadores paran, el sistema de producción ya no se para, y hasta hace muy poco cuando los trabajadores paraban, el sistema se paraba.

Desde el punto de vista de la comprensión de un análisis propio de un planteamiento socialista, este es el elemento fundamental de las nuevas tecnologías, que nos obliga a recapacitar y a reconocer el hecho de que hoy en día los trabajadores ya no dominan totalmente los soportes fundamentales del sistema productivo como para pararlo en su totalidad, como tales trabajadores que forman parte del proceso de producción. Otra cosa, obviamente, es la influencia y el poder que pueden continuar teniendo los trabajadores social, cultural y políticamente.

Igualmente, al hecho de que el obrero clásico tienda a dejar de ser el motor central y único del sistema productivo hay que añadir la circunstancia de que las máquinas inteligentes tienden a reducir el tiempo de trabajo, de forma que el trabajo “disponible” se convierte en nuestro horizonte en un bien escaso. Y la reflexión inmediata es que si el trabajo es un bien escaso no hay más remedio que repartirlo. Con buena lógica debemos proceder al reparto del trabajo disponible. Lo cual implica reconocer como algo ineludible la necesidad de un cambio profundo de las relaciones laborales.

Las organizaciones obreras, sin embargo, en buena medida aún permanecen defendiendo la rigidez del sistema tradicional del trabajo, creyendo defender los intereses de los trabajadores a los que representan, y a la vez solicitan que se reparta el escaso o el cada vez menor trabajo disponible. Pero ambas cosas entran en contradicción. Probablemente no va a ser con la reducción de jornadas, sino más bien con la contratación flexible, como se pueda acceder mejor a un reparto del trabajo disponible. Hay que tener en cuenta que estoy hablando en términos muy genéricos y que no pretendo descender a detalles concretos.

En cualquier caso, a todos estos fenómenos a los que aquí me estoy refiriendo, y que son bastante modificadores de la realidad actual, hay que añadir otro fenómeno, que ya he mencionado, y que tiene una magnitud extraordinaria para evaluar la importancia de la revolución social que estamos viviendo como testigos y como autores. La sociedad occidental actual está en vías de convertirse en una sociedad totalmente intercomunicada. Es una sociedad en la que todos los datos se ofrecen en tiempo real. No en tiempo pasado, sino en tiempo real. No en tiempo sincopado, recortado, sino en tiempo real. En la que la información va a estar al alcance de la mano de todo el mundo con una extraordinaria facilidad.

Estamos viviendo ya en una sociedad en la que los flujos de información pueden llegar a ser inasimilables. Puede haber un flujo de información superior a la capacidad humana, individual y colectiva de asimilación. Posiblemente este hecho, además de modificar los hábitos sociales, los hábitos de la conciencia social, va a tener unas consecuencias políticas de una envergadura extraordinaria, que llegará a afectar a la misma dimensión social de la persona, del individuo, en comparación con las concepciones tradicionales que teníamos de la agrupación de los individuos, de las personas.

Y aquí puede llegar a entrar en crisis —lo digo todo como una especie de provocación al debate— incluso el mismo concepto actual de partido político. A lo mejor llega a desaparecer o a transformarse el mismo concepto de partido, tal como lo entendemos hoy, e igual puede ocurrir con el concepto actual de sindicato, si la información llega a ser un flujo casi absoluto, completo, exhaustivo. A lo mejor, los instrumentos que han servido para conectar las sociedades, los grupos, los individuos y para elevar el grado de conciencia colectiva a través de las actuaciones de los sectores más conscientes también acaban por entrar en crisis.

Las actuales funciones informadoras, de creación y de vehiculización de la opinión, propias de los partidos, quizá puedan también quedar totalmente superadas, al igual que podría ocurrir que la concepción actual sobre

el partido de masas —el famoso dilema del partido de cuadros o partido de masas— quedara desfasada, viniendo la solución por otro lado no previsto hasta ahora.

De hecho, la velocidad de transmisión de la información, esa velocidad de comunicación a la que me estoy refiriendo, puede estar ya poniendo en tela de juicio incluso el sistema representativo sobre el que se sostienen las democracias actuales. No hay que olvidar también en este sentido la polémica tradicional sobre la democracia formal y la democracia real, el alcance y transparencia de los sistemas de representación y la manera en que se puede completar con otras formas más directas, inmediatas y permanentes de participación, que las nuevas tecnologías pueden facilitar en un grado hasta hace poco tiempo inimaginable.

Si llegamos a la conclusión de que el funcionamiento futuro de la democracia en su formalización actual resulta incierto, yo creo que los juristas, los politólogos, los filósofos del Derecho y del Estado tenían que estar ya pensando en modelos alternativos de funcionamiento adecuados, justamente ¿para qué?: para que si se pone en cuestionamiento ese sistema en algunos aspectos funcionales, se puedan preservar claramente los valores democráticos que han sido la garantía de una convivencia civilizada en libertad.

Si además añadimos que la revolución en las comunicaciones está dando lugar a ciertos fenómenos de intromisión, a veces imperceptibles, en la privacidad de las relaciones interpersonales, comprenderemos mejor la necesidad de evaluar y prever los efectos que se pueden producir como consecuencia de la revolución comunicativa.

Por otra parte, en la medida en que actualmente los poderes de decisión económica se están convirtiendo en supranacionales, a veces en anónimos (quizá no porque no necesiten de una faz, sino porque nos cuesta trabajo identificarla), ocurre que el Estado probablemente está disminuyendo sus poderes, aunque a veces se dice que la complejidad del Estado, la tecnificación de los mecanismos del Estado, le está dando un poder inaudito sobre la sociedad. Y a lo mejor resulta —lo planteo como una pregunta, como una disyuntiva— que el Estado tradicional está perdiendo poder, como consecuencia de esa tendencia hacia la transnacionalidad de poderes —sobre todo económicos—, con ese anonimato en que se ocultan algunos poderes, o que tiende a no delimitarlos.

Ciertamente el Estado hasta hace poco era un poder más tangible de lo que es en este momento, aunque ya en las sociedades anteriores podía hablarse de ciertos fenómenos sociales de imperceptibilidad de las instituciones que no se reconocían, como en el caso de aquella persona cuyas tierras eran expropiadas por los bancos y el campesino cogía la escopeta y se iba a la ciudad a buscar al banco, a matar al banco, y no sabía exactamente quién era esa institución, quién la personificaba. Pero hoy esa pérdida de faz, de identidad, tiene mucho más alcance.

Habitualmente los grupos sociales, los grupos políticos que funcionan, que luchan por el poder, han tenido como objetivo asaltar el poder mediante el ocupamiento del Estado, conquistando todos sus mecanismos para ponerlos a su servicio, al servicio de los ideales, de los sectores sociales o

de los intereses que defendían. Hoy no se puede decir que ocupando los mecanismos del Estado se llegue realmente a controlar todos los resortes del poder, de los poderes reales. A partir de ahora, pues, con una estrategia de conquista de los mecanismos del Estado puede ocurrir que se ocupe el poder representativo, el poder simbólico, pero no se tenga realmente todo el poder. Algo de esto se puede decir que está ocurriendo hoy en día en bastantes lugares.

Económicamente estos cambios están dando lugar a un trastocamiento completo de las relaciones de dependencia entre los pueblos. Podríamos preguntarnos, por ejemplo, si actualmente las ideas de solidaridad internacional, si los ideales del socialismo internacional se refuerzan o se debilitan con el hecho de que la deuda externa de algunos países tome una dimensión extraordinaria y que dé lugar la esperanza, a la expectativa de la revolución permanente, o permanentemente a la expectativa de la revolución.

Hoy en día una serie de países están ahogados —pueden resultar ahogados— por una decisión bancaria o financiera de otros países, o a veces de instituciones de países que no tienen sobre ellas un control efectivo (grandes bancos, compañías multinacionales, etc.).

Entonces podría pensarse que si hay una pérdida de poder del Estado nacional, tal fenómeno debería conducir a que los intereses nacionales tendieran a diluirse o a minimizarse. Pero, sin embargo, a veces ocurre lo contrario y los intereses nacionales tienden a aglutinarse frente a intereses nacionales de otros. Lo cual constituye, sin duda, una paradoja. Evidentemente, aquí se está produciendo un cruce de situaciones muy complicadas que habría también que analizar. Porque actualmente ya no se disputan intereses de tipo microeconómico, propios de unas sociedades campesinas. Ahora lo que se disputan son intereses macroeconómicos, hasta metaeconómicos. De ahí que haya una dura batalla, una tremenda lucha entre los Estados, incluso entre los Continentes, por encontrar un lugar apropiado en la división internacional del trabajo. Y todo esto está suponiendo, va a suponer, unos cambios de mentalidad muy grandes.

Sin embargo, en estas áreas del conocimiento a las que nos estamos refiriendo, los avances que estamos analizando, a pesar de toda su importancia, yo creo que son en sí mismos de un alcance limitado, si los comparamos con algunos otros cambios que se están produciendo en el campo de los descubrimientos científicos. La capacidad de dominio de la naturaleza, de las fuerzas de la naturaleza, por parte de los hombres, probablemente va a dar en poco tiempo un salto increíble y va a poner en cuestión creencias ideológicas y éticas muy profundas.

Así, por ejemplo, resulta extraordinario en el terreno genético el alcance que puede tener la ingeniería genética. Lo que implica que el hombre puede llegar a superar los límites y las limitaciones de su propia constitución actual. Hay que pensar, sin ir más lejos, en las implicaciones prácticas de diversa índole que van a tener todos los experimentos de fecundación artificial, de fecundación in vitro, etc., que ponen en crisis automáticamente algo tan fundamental como es la cuestión de la paternidad, e incluso la razón de ser de la familia tradicional que ahora conocemos, que ha sido considerada hasta ahora como una institución social incuestionable.

Y la verdad es que si se pone en crisis el concepto del trabajo y se pone en crisis el concepto actual de la familia, la sociedad occidental — conservadora, medianamente avanzada y progresiva— se va a ver seriamente afectada en dos de los referentes más claros en que se ha basado toda su organización social: el trabajo y la familia. Si los dos entran en crisis, uno porque el trabajo escasea y el otro porque las nuevas tecnologías están permitiendo la reducción del significado de algunos papeles tradicionales de una manera increíble, pues la verdad es que no se sabe muy bien cuáles serán las consecuencias.

Si a todo esto añadimos los efectos que han supuesto los antibióticos y otros avances médicos, con la consecuencia de un alargamiento bastante significativo de las expectativas medias de vida —y no se sabe aún hasta qué grado—, comprenderemos que ello va a tener repercusiones tremendas de carácter poblacional, de magnitudes todavía incalculables. Indudablemente las nuevas situaciones poblacionales añadirán un plus de complejidad a la dificultad de reparto de los tiempos de trabajo disponible a partir de la reducción permanente de las edades de jubilación; cuando en realidad parece que la lógica obligaría a hacer lo contrario de lo que venimos haciendo, de lo que pensamos. Y a nivel personal se ha planteado radicalmente, además, un problema que casi no existía antes, por ejemplo, el derecho a la muerte.

A todo esto hay que añadir también los avances que se están produciendo en las técnicas de clonación, que, según la opinión de los expertos, van a permitir desarrollos genéticos —que están permitiendo ya desarrollos genéticos— con unas aplicaciones agrícolas y ganaderas extraordinarias, mediante experiencias que permitirán fecundar los óvulos obteniendo varias unidades donde antes sólo se obtenía una, pudiendo además hacerlo según un modelo óptimo. Ciertamente si esto se hace ya en el terreno ganadero y agrícola alguien se puede plantear si se va a aplicar o no se va a aplicar también al ser humano. Pero la verdad es que, sin suscitar aquí más problemas y ateniéndonos solamente al terreno agrícola y ganadero, lo cierto es que en estos momentos puede decirse que científicamente estamos en condiciones de desterrar definitivamente el hambre en el mundo. Que haya o no voluntad de hacerlo, que existan o no prejuicios sociales que lo impidan deliberadamente, eso es otra cosa.

A su vez, el dominio de la energía está cada vez más cercano, en la medida en que el control y la utilización de la fisión nuclear como fuente de energía puede ser logrado con bastante probabilidad antes de veinticinco, treinta o cuarenta años.

En fin, sumando todos estos factores, por una parte de movilidad y de cambio en el terreno de las ideas, por otra parte de aparición de nuevos datos, de nuevas tecnologías que pueden cambiar muchas expectativas y experiencias sociales, yo creo que puede afirmarse con todo rigor que estamos ante una revolución profunda, ante una revolución auténtica, más allá de los presupuestos ideológicos con los que puedan venir suministradas o alimentadas las percepciones sobre las nuevas realidades.

Estamos ante el umbral, ante las puertas de una nueva forma de sociedad. Lo que explica la crisis de las ideas, de las ideologías procedentes de la

situación anterior. Sin embargo, tales cambios y tales crisis no pueden ser vistas ni interpretadas como una tragedia, ya que únicamente son una consecuencia del *desarrollo de la humanidad*.

Ciertamente la pregunta inmediata que uno puede formularse — aunque no sé si puede contestarse adecuadamente— es: ¿qué futuro nos depara esta situación actual que podríamos calificar de orfandad de ideas? Yo soy escéptico, creo que no podemos dar una respuesta muy concreta, al menos todavía. Pero, sin embargo, también soy optimista en alguna medida, porque estoy convencido de la inevitabilidad de la evolución y, por tanto, de la seguridad del progreso histórico.

Si tomamos como referencia un calendario histórico amplio, si se quiere decirlo así, un calendario “geológico”, resulta evidente que la humanidad avanza. Sin embargo, si hacemos unos cortes que no sean muy grandes, probablemente podremos encontrarnos con muchos retrocesos, con muchas cosas que no avanzan, pero sí, como he dicho, el corte es amplio, la verdad es que la humanidad ha avanzado. Y ¿por qué no va a seguir haciéndolo a pesar de todas estas profecías negativas que formulan algunos? Yo espero que sí, que la humanidad pueda seguir progresando.

Finalmente, es preciso señalar que si difícil resulta contestar a muchos de los interrogantes hasta aquí suscitados, más difícil resulta enfrentarse a una cuestión como la que a veces nos planteamos a partir de todos estos hechos nuevos: ¿cómo podemos actuar para avanzar hacia una situación —fuere cual fuere— en donde se garanticen los principios y los valores democráticos que han hecho posible la libertad, una cierta igualdad y una cierta dignidad humana? ¿Qué hacer para conseguirlo ante tantas perspectivas plenas de cambios y de interrogantes? ¿Qué hacer? Mi respuesta concreta, concretísima, es: no lo sé.

Quizá resulte fácil decir que esta respuesta no vale nada, que es poca cosa. Sin embargo, yo creo que no es tan poca cosa. Creo que para los socialistas puede ser una respuesta más válida y mucho menos viciada que los catecismos a los que éramos adictos hasta casi ayer. Es más válido decir que ante este panorama no se sabe bien qué debemos hacer, más que sacar determinadas “leyes *standard*” para quedarnos estancados.

En cualquier caso, yo creo que el futuro no está predeterminado, sino que hay capacidad de intervenir en él, y el bien o el mal uso que se haga de las inmensas fuerzas que —como he dicho— se van a poner a disposición del hombre es responsabilidad de los progresistas y de los socialistas más que de ningunos otros. Porque yo creo que hoy parece razonable llegar a la conclusión de que, aun con todas las transformaciones radicales que puedan operarse en la sociedad contemporánea y en la del futuro, van a continuar existiendo dos actitudes ideológicas radicales frente a la sociedad y frente a nuestros contemporáneos. Una actitud egoísta, reaccionaria y dominadora y una actitud solidaria, progresista y libre. Si no perdemos de vista que esa polaridad, a pesar de todos los cambios, no se va a alterar, es evidente que tenemos cosas que hacer, lugares a donde acudir y caminos que emprender.

Nuestra obligación como socialistas es analizar e interpretar los nuevos perfiles y las nuevas claves de la sociedad que emerge, intentando conducir a la humanidad a mayores grados de libertad, de justicia, de bienestar y de felicidad. No sabemos aún muy bien con qué mecanismos, con qué vehículos lo podremos hacer, pero lo cierto es que tenemos que conducir a la humanidad a esos mayores grados de libertad, de justicia y de bienestar.

Por tanto, yo creo que la incertidumbre en que vivimos no nos exime, sin duda, de cierta preocupación, de cierta actitud que nos mantenga en una posición responsable, pero os digo —para terminar— que tales incertidumbres no deben dar lugar al pesimismo ni a la reflexión negativa o recelosa. Yo creo que tenemos que confiar en que se pueden —y en que se deben— encontrar los caminos del progreso.

Y para ello los socialistas tenemos que ser capaces de reanalizar y de reelaborar con claridad las teorías a las que nos hemos venido refiriendo aquí, de forma que podamos ir mejorando nuestro entendimiento de lo que sucede, para ir aportando contribuciones explicativas adecuadas, para ir actuando más eficazmente sobre la sociedad, de manera que sea posible garantizar que prevalezcan los valores fundamentales de justicia y de libertad.

“El gran error de los liberales del siglo XIX fue creer que la libertad, una vez conquistada, está asegurada. El error no fue meramente un error político; tenía sus raíces en una convicción radicalmente falsa de la condición humana. La noble idea del progreso, que había sido eso, una idea, como tal cuestionable y problemática, se había convertido, desde fines del siglo XVIII, en algo bien distinto y en cierta medida opuesto: en una creencia social, en la cual se estaba, como si fuera la realidad incuestionable. El progresismo fue la mecanización de la fecunda idea del progreso, y por ello un gran adormecedor del espíritu alerta, del afán de innovación y libertad”.

Julián Marías